



NICO POSE

El rictus de la niña

EL GUARDIÁN LITERARIO

NICO POSE

El rictus de la niña



EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

El galpón.....9

I El señor Bernárdez

1. *El viaje de ida*.....17

2. *La entrevista*.....25

3. *La escopeta*.....33

4. *El diablo azul*.....42

El galpón.....48

5. *La niña*.....54

6. *La casa*.....66

7. *El fotógrafo*.....72

8. *La plaza*.....77

9. *Los hombres de Bernárdez*.....83

10. *La cacería*.....86

11. *El escape*.....99

12. *La cabaña*.....104

II El idilio

1. *La mujer*.....111

2. *Rumores*.....115

3. *Incomunicado*.....121

4. <i>En movimiento</i>	129
5. <i>De nuevo en el campo</i>	132
6. <i>La espera</i>	136
7. <i>La novela</i>	141

III El infierno llegó hace rato

1. <i>Preparativos</i>	155
2. <i>El ritual</i>	160
3. <i>La casa</i>	169
4. <i>El sótano</i>	172
5. <i>El encierro</i>	176
6. <i>El escape</i>	181
7. <i>La ceremonia</i>	184
<i>El galpón</i>	195



El galpón

Necesito soñar. Trato, lo deseo, me esfuerzo para que esos sueños vengan, aunque lleve ese horrible recuerdo impreso en la carne. Pero cuesta, vivo esas experiencias todos los días postrado casi siempre en la misma posición en una de las camas de este lugar espantoso.

No, no puedo soñar. ¿Para qué? ¿Acaso este infierno que vivimos no fue soñado por un ser humano?

Los infelices que estamos acá siempre vemos a la misma mujer de tez oscura, que nos atiende y nos da lo necesario para subsistir. También está Nélidea, que viene dos o tres veces por semana y ayuda con el mantenimiento del galpón; trae víveres, agua, y presumo que después se junta con la paraguaya y la mujer de tez oscura en la pequeña casa que está a metros de la entrada.

Hay días que escuchamos conversar a Nélidea y a la paraguaya de cosas triviales, y hay veces que nos llega la musicalidad del guaraní cuando la paraguaya habla por teléfono a los gritos. En esos momentos, viene Nélidea, se acerca y me habla con un tono cariñoso,

como si fuera un huérfano. Luego me calmo y me doy cuenta que lo suyo es puro cinismo, una macabra hipocresía. Después se va.

Por las mañanas, miramos las paredes de chapa del galpón, las claraboyas sucias, sentimos el olor de la comida que viene de la casa, y escuchamos la música de Wagner, que sale de dos parlantes que cuelgan de una de las columnas de metal que sostienen el techo.

Hemos escuchado música clásica hasta el cansancio, y si digo Wagner, es porque conocí la soberbia y la tragedia entremezcladas de su melodía infinita durante una tortura. Pero a mí nadie me redimió. Además, por lo poco que sé de música, basta escuchar una sola vez alguna de sus piezas para percibir cómo su armonía impregna todo el ambiente en segundos.

No estoy seguro, pero tal vez también hayamos escuchado a otros compositores y mi ignorancia en la materia me impidió distinguirlos. Qué importa. Mi problema, mi trauma, siempre ha sido Richard Wagner.

Sin embargo, no puedo negar que cuando el interior del galpón es invadido por la música, para mí es como estar en un oasis en medio del desierto. Debe ser la cadencia musical, que nos alivia, nos anestesia, y entonces cierro los ojos y me dejo llevar sin imaginarme nada. Incluso la música tiene el poder de anular el recuerdo de esos sonidos que anticiparon el terror. En esos momentos, mientras floto en medio de la sinfonía, descanso.

A la noche, siempre alguien se quiebra, estalla en llanto. Pero, por lo general, la mayoría sufre en silencio, ya cansados de haber gritado con bronca y desesperación durante los primeros días.

Los que no pueden o no les sale descargar, se comen y mastican sus gritos embroncados, patalean en la cama, o dan puñetazos contra las almohadas. Todo depende de la condición en que esté cada uno. Sé que muchos están ciegos. Otros, como yo, fueron mutilados o quemados.

Estamos agotados, resignados, casi muertos, acostados durante todo el día en el galpón, sin ningún tipo de higiene o trato para que podamos sentirnos humanos, para que podamos pensar que somos seres que han perdido su libertad. Porque el galpón no es una prisión: es algo peor. Es el lugar donde, día tras día, presenciamos cómo nos vamos deshaciendo, y progresivamente perdemos los restos que nos quedan. Por eso solo nos dedicamos a pensar, a dormir, o en mi caso, a escribir.

Así sobrellevamos las horas del día.

Al principio se me hacía insoportable escuchar las voces de los que gritaban. También he pasado por eso. Porque todos nosotros, durante las mañanas, las tardes o las noches, alguna que otra vez, hemos gritado hasta desfallecer y quedarnos sin voz. Porque seguíamos intentándolo con las pocas fuerzas que teníamos, tal vez porque la esperanza es algo innato a nuestra especie. Porque siempre se trató del dolor. Físico, espiritual. Y me imagino

que todos sabemos y desconocemos lo mismo. Pero nadie comprende, y es ese acto reflexivo, racional, que se nos niega, lo que nos hace a todos iguales.

Parece que hay una biblioteca dentro de la casa. O no lo sé, tal vez los hombres de Bernárdez los traen de otro lado y se los dejan a ellas. La verdad que no me importa. Lo que quiero decir es que una vez por semana la mujer de tez oscura nos trae libros.

Hasta ahora me han tocado todos los que no me interesan. Libros sobre apicultura, agronomía, agricultura, química, botánica. Otros tuvieron más suerte y ligaron algún policial: Chase, Blake, Goodis, Chester Himes, Cain, Agatha Christie, viejas ediciones *pulp*, novelitas de playa. Incluso a un hombre que está tres camas más allá de la mía le llegó una edición de *El pozo y otros relatos* de Onetti.

Sin embargo, no se le puede preguntar nada a la mujer de tez oscura. Esa mujer es un misterio. Nunca la escuchamos decir una palabra. No conocemos su voz, y tal vez sea sordomuda o una gran actriz. No lo sé. Porque cuando nos atiende y le hablamos, solo ofrece sus gestos, señas inexplicables, mientras la miramos con indiferencia y tristeza.

Pero el problema no es solamente la mujer de tez oscura. Porque otro hombre de pelo largo y barba blanca que dormía en la cama junto a la mía, me dijo que le había pedido a Nérida una novela de Faulkner que le había visto a otro. Ella después le entregó —vaya ironía— una vieja edición de *Mientras agonizo*. Entonces, una semana después, aproveché la visita de Nérida y le pedí *El pozo* de

Onetti. Y adivinen qué, ella me trajo *El bozo*, de un tal Hans Heineberg, un ensayo que indagaba en las formas y las modas en que los hombres habían utilizado el bigote, la barba y las patillas a lo largo de la historia. Ahí me di cuenta que todavía seguían jugando conmigo, incluso después de todo lo que viví, estando acá, encerrado y sin posibilidades de escapar. ¿Se dan cuenta?

Tuve mucho tiempo de sopesar los actos de mi vida. Y siempre me asalta el mismo pensamiento: me arrepiento de haber sido siempre yo mismo y mi carrera.

Me arrepiento de no haberle dedicado tiempo a los demás. Y lo digo por mis hijos. Porque pienso que los tuve por una formalidad, por un capricho que otros me llevaron a imitar. Tal vez por tradición, por pertenencia a cierta clase social.

Íbamos a los *countries* y mi mujer se ponía celosa, envidiosa de que las demás parejas tuvieran niños o niñas. Entonces, después de insistirme tanto, empezó a contagiarme de esa misma sensación de no poder compartir y hablar sobre hijos o hijas como lo hacían los demás durante esos largos asados de fin de semana.

Cada vez que caminaba junto a otros padres por el campo de golf, y los escuchaba conversar acerca de sus críos, me sentía molesto.

Podían estar solos y hablar de negocios, de sus amantes, de otras mujeres, de la joven empleada doméstica que habían contratado (en el caso de algunos, de su doble vida) pero también, siempre, en algún momento, escuchaba los

nombres de Juanita, Uma, Zoe, Enzo, Mateo o Lucas. Y para mí eran charlas vacías. Las escuchaba con indiferencia, porque no me importaba tanto estar ahí, sino que pensaba en mi trabajo, en los contactos necesarios para acceder a más medios, tanto televisivos como radiales.

Pero mi mujer continuaba insistiendo día y noche con la idea del hijo. Se le había metido en la cabeza. Entonces para que no me jodiera más, me gustara o no, tuve que aceptar la idea.

Su familia, de gran posición social, me había garantizado tiempo disponible para ir labrando mi carrera de a poco. De lo contrario, no podría haberlo hecho. Además, muchos de los conocidos de su familia o amigos me dieron acceso a posibilidades que nunca hubiera podido conseguir por mi cuenta. Por eso, luego de la efusión y el apego al tierno bebé, vi a mis hijos como un trámite necesario para mantener mi posición, para dejar mi vida tranquila durante un tiempo.

Y ahora, después de pensar en todo eso, me pongo a llorar, y vivo el recuerdo de cuando era niño y necesitaba el afecto que mamá nunca me dio. A papá, que siempre trabajaba y era el único que mantenía la casa, casi nunca lo veía. Llegaba tan cansado que solo comía y luego se acostaba. A veces, ni siquiera me saludaba. Son pocos los recuerdos que tengo de un abrazo suyo. Tal vez ninguno. Para consolarme tuve que inventarlos, imaginarlos.

Qué extraña es la vida. Hace lo que quiere y nunca lo que uno le pide. Justo ahora, que se me presenta en toda su sencillez y no como un secreto, me arrepiento de no haberla vivido.

I
El señor Bernárdez



1. El viaje de ida

La mañana en que viajaba hacia El Primaveraal estaba gris y grandes nubarrones cubrían todo el cielo. En el auto, a pesar del aire acondicionado, tenía la cabeza embotada, y los pensamientos, como las nubes, parecía que iban a quedarse durante todo el día ahí, sin dejar aparecer otro color que ese gris oscuro. Había salido de casa muy temprano, y calculaba que faltaban unas horas para llegar a destino.

Una semana atrás, mientras caminaba tranquilo por la calle, sentí una mano sobre el hombro, me di vuelta, y me encontré con un tipo extraño. Pensé que era alguno de los lectores de mis notas en diversos medios. Cuando me reconocen, suelen saludarme; incluso, a veces, se detienen y conversan conmigo. También podía tratarse de un oyente que deseaba comentarme algo acerca del programa televisivo que hago por las tardes o preguntarme sobre la columna radial de la mañana.

Siempre los he mirado con cierta desconfianza, porque está claro que muchos se acercan discretamente y, en el fondo, quieren hacerse los simpáticos para después

pedirme trabajo u otros favores. Como aquellos que me dejan libros que nunca leo, o las mujeres que se me acercan para invitarme a tomar algo con la intención de que promocione su obra después de una noche de sexo.

Supongo que les debe pasar lo mismo a todos los que son reconocidos dentro del ambiente cultural.

Como decía, un sujeto que nunca había visto, me detuvo en la vereda. Me di vuelta y, al verlo de frente, me pareció raro su aspecto: boina blanca, un sobre todo gastado *beige* que llevaba en pleno verano, y esos ojos salidos hacia fuera, de salmón, que hasta ahora no puedo olvidar. La barba de tres días y un lunar que parecía una gota sobre la mejilla completaron mi primera impresión.

Llevaba un libro en la mano: portada oscura, letras rojas y las caras de un grupo de chicas adolescentes caminando dentro de un bosque. Posteriormente me daría cuenta que se trataba de una novela de Bernárdez: *Asesinas aparentes*.

Después preguntó: “¿Sabe para quién trabajo yo?”.

Lo miré con desconfianza. Podía ser un delincuente, un loco, qué sé yo. Buenos Aires da para todo.

Sonrió y me parecieron notorios sus dientes blanquísimos.

Me comentó el asunto de Bernárdez, me hizo la propuesta y, finalmente, cuando sacó el fajo de billetes de cien dólares, sentí que no podía desperdiciar lo que parecía un trabajo valioso.

La situación me pareció estafalaria desde un principio y tenía claro que todo podía salir mal. Pero eso no

me importó cuando supe la cifra que escondía ese fajo de billetes. Ese color verde, el del dinero, es lo que hace avanzar al mundo, pensé, en ese momento, con la misma convicción que siempre había tenido durante toda mi vida.

Por la ventanilla del automóvil, el paisaje se sucedía mostrando siempre la misma postal: algunas casas y silos esparcidos en el campo, árboles dispersos o montes que quebraban la uniformidad del terreno. Las vacas, inútiles testigos del viaje, parecían invadir mi privacidad con sus estúpidas caras de rumiantes y solo me salvaba la aparición de algunos caballos al costado de la ruta. Qué hermosos son.

No sabía por qué estaba tan inquieto, tan ansioso. Tal vez era por los rumores que había escuchado sobre Bernárdez. Decían que tenía fama de maltratar a los periodistas. Era arrogante, despreciaba a los jóvenes y se creía que estaba bastante loco. O tal vez porque no tenía definido cómo iba a encarar el trabajo cuando Bernárdez había sido claro en ese punto: quería una entrevista espontánea, como si fuera una conversación entre amigos. Eso era lo único que me había exigido.

Las novelas de terror de Bernárdez habían tenido éxito durante la década del noventa y, ahora, ya muy pocos se acordaban de él. Supuse que muchos se sorprenderían con este *revival* que iba a publicar, porque seguramente creían que Bernárdez ya estaba muerto.

Las únicas referencias que tenía sobre su obra eran las últimas novelas que había escrito antes de “retirarse” del

circuito, por llamar así a la cofradía literaria donde confluían animales y humanos de toda calaña. Es que, en verdad, era muy difícil conseguir sus obras, estaban agotadas. *Las caras del espanto*, con prosa fluida y originales imágenes poéticas, era su mejor trabajo según la crítica y reseñas de importantes periodistas culturales que había leído veinticinco años atrás. La leí hace muchos años y esta vez la había ojeado muy por arriba. Nunca me enganchó y me parecía un libro demasiado rebuscado y pretencioso.

Revistas, artículos y monografías se referían al otro libro, *Asesinas aparentes*, como una novela de culto. En realidad, esta última, se trataba de una historia bastante común: un grupo de chicas adolescentes conformaban una secta en un pueblo y comenzaban a asesinar a hombres. En la mayoría de los casos eran patrones de estancia o algún que otro peón que había maltratado a una mujer o había cometido el error de herir sentimentalmente a alguna de ellas. Para evaluar *Asesinas aparentes* había que obviar la historia. Porque más allá del contenido, lo interesante y más novedoso residía en la forma y en las diversas emociones que le despertaba al lector a medida que avanzaba en la trama. Eso es lo que me había sucedido al releerla y subrayar algunos pasajes para la entrevista que le realizaría a Bernárdez. Y no puedo negar que se me había pegado una sensación rara, de extrañamiento, y aún me llamaba la atención que la novela mantuviera esa actualidad y generara esos efectos a pesar de que ya hubieran pasado casi tres décadas desde su publicación.

El Primaveraal quedaba a quinientos cincuenta kilómetros de Buenos Aires y había crecido gracias a unos créditos accesibles que entregaban a gente de la zona y de pueblos y localidades aledañas.

Pensaba aprovechar la estadía para estar solo, alejado de todo el mundo. Descansar sin tener que estar obligado a pasar el fin de semana con Jano y Zoe. Descansar del ruido amorfo de la ciudad, de los falsos amigos y, sobre todo, de la pesadez que me venía cargando Clarisa con respecto a la cuota alimentaria de los chicos. Porque había momentos donde me parecía que ella estaba loca, por cómo me gritaba por teléfono, por cómo me puteaba cada dos palabras que decía. No estaba seguro si había vuelto a una de sus crisis depresivas, si en verdad me odiaba sin motivos o, en realidad, se trataba del más profundo despecho. Pero a mí la situación me venía haciendo mierda.

Ya hacía dos meses que el psiquiatra me había recomendado que no le prestara tanta atención a los ruidos de la ciudad, que tratara de ignorarlos, porque me había dicho que el barullo de la capital y mi reciente separación eran las causas principales de mi estrés. Y me extrañó cuando me dijo que él tenía la hipótesis de que yo proyectaba la separación en los ruidos, en los sonidos amorfos, en todo aquello que no dejaba concentrarme en mi trabajo, poniéndolo como pretexto para no hacerme cargo de mi angustia.

La verdad es que, sinceramente, nunca me convenció su análisis y pensé que me estaba estafando.

Es cierto que, cuando discutía con mi exmujer, me quedaba sordo y no podía escuchar lo que me decía. Sobre

todo, perdía el hilo del diálogo, porque simultáneamente mi cabeza era invadida por todos esos ruidos que no sabía de dónde carajo venían. Bocinazos, sirenas de ambulancias, las insostenibles motos, estridencias, tacazos, rugidos de animales, pitidos, crujidos, se mezclaban en mi mente de manera inexplicable. Pero era así. Discutía y sentía que esos ruidos disímiles llegaban y me torturaban por dentro. Una de dos: tenía un extraño problema auditivo o me estaba volviendo loco.

Al ingresar a El Primavera los caminos eran de tierra, y como todo estaba muy seco, el coche levantaba una estela de polvo que ensuciaba todo el vidrio de la luneta. Aunque circulara a una velocidad mínima, alguna que otra piedra golpeaba contra el paragolpes o el chasis mientras el coche se sacudía por el camino de ripio. Pude ver casas grandes, bien cuidadas y con mucha extensión de terreno, como si se tratara de quintas.

Cuando bajé del coche tuve una sensación de ahogo al percibir el aire cálido y húmedo. Al costado había un pastizal y se escuchaban los chirridos de los insectos. Miré el cielo con nubes negras y la tormenta era inminente.

Revisé la dirección anotada en el celular.

Subí una pequeña loma y, cuando comencé el descenso, el horizonte fue interrumpido por algunos árboles frondosos, para que después fuera apareciendo entre el follaje una casa de estilo colonial, con tejas rojas y una hiedra que tapaba casi toda la superficie de sus paredes

blancas. En la planta superior, tenía cuatro ventanas cerradas con rejas; y en la inferior, se destacaba una puerta de hierro con ornamentos moriscos entre dos ventanas amplias y enrejadas. La extensa galería del exterior tenía columnas de hierro, también techada con tejas rojas, y la propiedad estaba precedida por un parque inmenso.

Pero antes de entrar al parque, había una verja de metal de una altura de casi cuatro metros que exhibía un cartel con letras en una espesa pintura roja, que decía: No pasar. Perros asesinos.

Me paré frente a la reja de entrada y el viento trajo el rumor de agua en movimiento. Pensé que detrás de la casa pasaría un arroyo, o tal vez habría una laguna. Me quedé escuchando e imaginé las pequeñas olas rompiendo en la playa. Caminé y fui hacia los laterales de la casa, pero fue inútil, el terreno estaba rodeado por una ligustrina de altura considerable que anulaba la curiosidad y el paso de cualquier intruso.

No pude dejar de pensar en el cartel y busqué a los perros. Pero el parque estaba desierto. Entonces vi cómo una campana colgada del tronco de un paraíso se movía por la brisa.

Jalé la cadena, la campana vibró y en una de las ventanas de la planta superior una mano corrió una cortina. Minutos después, una señora con delantal blanco (luego sabría que era Nélide), salió de la casa y se acercó con paso cansino hacia la verja.

Antes de abrir el candado, preguntó mi nombre. Sonreí como un vendedor de seguros, y le dije que era Jorge Salerno. Con cara de pocos amigos, me dejó pasar.

Mientras la seguía por el parque, dos dóberman salieron disparados desde el fondo del terreno y empezaron a ladrarme. Mostraban los dientes y me ponían nervioso, sugestionado por su comportamiento y las palabras escritas en el cartel. Nélide solo dijo que tenían hambre. Los perros seguían ladrando y sentí que estaban a punto de devorarme. Pero Nélide chistó y enseguida los perros se sentaron.

Continuamos caminando hacia la galería de la casa, pero como desconfiaba del comportamiento de los perros me di vuelta. No lo podía creer: ambos estaban quietos como si fueran estatuas de Anubis, y miraban fijamente hacia la galería. Luego apareció otro. Era un gordo bichón frizé blanco, lanudo, con grandes ojos castaños, prácticamente de humano. Se acercó y comenzó a lamerme las manos.

La señora, antes de entrar a la casa, me dijo que le avisaría al señor Bernárdez, y me pidió que fuera paciente.

Miré los pájaros que picoteaban insectos en el césped y algunas moscas que volaban y estorbaban con sus zumbidos. El bichón acostado sobre el pasto jadeaba, mientras que los dóberman seguían sentados en estado de alerta, tal vez esperando alguna señal.

Escuché la puerta que se abría. Nélide miró a los perros, volvió a chistar y los dóberman salieron disparados hacia el fondo de la casa.

2. *La entrevista*

Adentro percibí cómo las paredes de un rojo gastado habían atenuado la luz con respecto al exterior. Los muebles viejos, dos candelabros de plata sobre una cómoda, y un sillón largo de terciopelo escarlata hicieron que retrocediera en el tiempo. La cómoda me llamó la atención, además de los cajones, tenía puertas con diferentes caras talladas de animales, como un león, un murciélago, una mangosta, una serpiente y otra con la boca abierta parecida a la cara de un mono. Sobre una mesa rectangular de roble había, dispersos, libros viejos de tapas duras y, a su alrededor, sillas tapizadas con terciopelo rojo.

En las paredes pude observar algunos cuadros con paisajes impresionistas, además de algún que otro retrato que no me pareció nada del otro mundo. Y entonces vi el rostro pintado de una niña que contraía la boca de una manera extraña. Me acerqué para observar mejor su cara y me pareció que tenía el gesto de quien se enfrenta a algún espectáculo perverso, sobrenatural. Podía ser que estuviera sorprendida o atravesando un momento de pánico, pero no pude imaginar qué estaría pasando delante de sus ojos.

Por desgracia, más tarde, iba a entenderlo todo.

Me senté en el sillón de terciopelo escarlata y, mientras pensaba en mi anfitrión, en cómo iba a recibirme y qué clase de humor tendría, comencé a percibir un ruido molesto que venía de alguna parte de la casa. Era una melodía monótona, mecánica, que pude escuchar gracias al silencio que, en ese instante, inundaba todo el ambiente.

Recordé al tipo del sobretodo gastado y su perfecta sonrisa, en lo que me había dicho aquella tarde antes del viaje. Pensé que Bernárdez pretendía volver a ser el de antes, tener cierta incidencia en el campo cultural argentino, y ser reconocido por gente que no había valorado su obra en aquella época.

Sin embargo, luego de ese encuentro, el señor Bernárdez me llamó al celular. Nunca supe cómo lo había conseguido, o a quién le había pedido mi número. Fue en esa breve conversación donde solo me sugirió —posteriormente lo ordenó— que la entrevista fuera espontánea, sin ningún cuestionario premeditado. Se disculpaba por la persona que me había detenido en la calle y me aclaró que, para él, era fundamental no engañarlo con respecto a la entrevista. Hubo un silencio incómodo y, segundos después, Bernárdez se despachó con un discurso en el que comparaba a los trabajadores de prensa con los abogados penalistas; porque, según él, sus discursos siempre están atravesados por el engaño. Unos estafan con la ilusión de libertad, y los otros roban, manipulan y lucran con la falsa información. Pero ambos trabajan para destruir la verdad, había dicho Bernárdez en un tono profético.

Escuché pasos en las escaleras.

Me paré y vi que Nélica descendía con cuidado tratando de prevenir un resbalón.

Me dijo que la acompañara.

Subí lentamente detrás de ella y, una vez arriba, me condujo hasta una habitación por un extenso corredor alfombrado de color negro.

Miró dentro, y luego, cuando se retiraba, vi que se tapó la boca con una de sus manos. Me pareció que se estaba riendo.

Entré despacio.

Lo primero que pude ver fue la nuca con escaso cabello blanco; después sus hombros, el respaldo de cuero negro de la silla, sus piernas inmóviles y las manos apoyadas sobre las ruedas. Nos separaba un viejo escritorio de caoba que tenía sobre su superficie un lapicero, unas carpetas forradas de rojo, un mapa de El Primavera y un cenicero. Detrás de él estaba la ventana, desde la cual podían verse las aguas amarronadas.

—Siéntese —dijo y movió uno de sus brazos apuntando la mano hacia la ventana.

—Gracias.

—¿Usted fuma?

—¿Por qué me pregunta?

—Porque soy un tipo educado y quiero fumar. Aunque esté en mi casa, siempre les pregunto a mis invitados. Como corresponde.

—No hay problema, no me molesta el humo. Fumaba. Lo dejé hace unos años.

—Yo también lo dejé hace unos cuantos años, pero lo extraño. Hoy necesito fumar.

—Entiendo.

—Comience a trabajar cuando quiera —dijo, y no me sorprendieron sus palabras, sino el tono que empleó para utilizarlas. Lo sentí como una inesperada presión, una directiva hacia mí cuando ni siquiera me conocía; y su presencia, sin tener idea de su cara, ya me ponía nervioso.

—¿A qué se dedica en este momento? —le pregunté.

—Soy un hombre que tiene todo lo que desea. Bienes, familia, amor y salud. Son cuatro palabras. ¿Qué hombre de bien hoy en día podría poseer todo eso? He escrito libros importantes. Pero eso es una cosa secundaria. Ya sabe, la palabra hoy en día está devaluada.

—No sé si es tan así, pero vayamos por partes. Me parece importante preguntarle si continúa escribiendo, si ahora está trabajando en algún texto.

—Hace mucho que no escribo. Lo mío ahora pasa por la fotografía.

—¿Quiere que hablemos de eso?

—No, no quiero.

—Entonces cuénteme un poco qué significa El Primavera para usted, señor Bernárdez.

—Si piensa que administrar el barrio, controlar los ingresos, y proyectar un mayor nivel de construcción es un trabajo, entonces escriba que me dedico a eso. Y esta casa, el proyecto de ampliación y de mejoras de El Primavera son solo fruto de mis esfuerzos, de mi ingenio. Anteriormente fue el sueño de mi padre. Pero, lamentablemente,

él no pudo contemplar la obra terminada. Nadie podrá reprocharme nada; sé que mi padre y mi madre estarían orgullosos.

—¿Por qué “El Primavera”?

—Como todo nombre, por un capricho. ¿Usted por qué se llama Jorge? ¿No fue el capricho de alguno de sus progenitores? Fíjese que, por su edad, es nombre de viejo, o de ferretero, de albañil, quizás de policía.

—Le agradezco la teoría sobre mi nombre —le respondí con una sonrisa.

—El Primavera no es solo un nombre, es también una esperanza. Para mí la primavera siempre fue símbolo de un futuro promisorio, un tiempo para recuperar lo perdido. No sabría explicarle bien por qué, pero siempre la he percibido de esa manera. Tal vez por cierta mitología, por esa lectura cursi de que el amor siempre nace en primavera. Por Boticelli, Afrodita, y el Renacimiento. Por las fiestas en honor a la diosa Ostara —dijo Bernárdez, y lo vi mover la cabeza, sin llegar a ver su perfil.

—Claro. Hábleme acerca del funcionamiento del barrio.

—Podría decirle que el barrio tiene vida propia. Yo creo que ayudé, pero después se fue construyendo solo.

—¿Cómo es eso de que “se construyó solo”, Bernárdez?

Entonces golpeó con una de sus manos una de las ruedas de la silla y después, levantando la voz, dijo:

—Primero me propuse perfeccionar la visión de mi padre. Después el amor y el respeto de los vecinos hizo el resto. Recuerdo que una noche yo sentía una tristeza indefinible. Estaba nervioso, desvelado. Entonces, después

de tomarme varios vasos de *whisky*, cuando finalmente pude encontrar el sueño, mi padre se me apareció a la madrugada y me dijo lo que tenía que hacer. Así lo supe. Digamos que gracias a esa visión o espectro decidí poner todo mi potencial en esta empresa. Si cada casa de nuestro barrio tiene un amplio jardín, esa fue idea de mi padre. Él amaba en partes iguales a la naturaleza y la música de Richard Wagner. Más que a mi madre, claro.

—Entiendo, entiendo. Entonces ¿no hay ningún edificio en El Primavera?

—Ninguno, Salerno. Puede salir a recorrer el barrio cuando quiera para comprobarlo.

Mientras Bernárdez decía esto último me pregunté si, en algún momento, iba a darse vuelta y me iba a mostrar su cara. No podía entender qué quería ganar conversando de espaldas.

—¿Y cómo se fue poblando El Primavera? ¿O nació como si fuera una colonia de inmigrantes?

—Yo inventé unos micro créditos para que la gente pudiera construir. Aún tenemos unos créditos especiales para que la gente trabajadora pueda obtener su casa. Es sentido común, pensar en el laburante. Se llama “movilidad social”, Salerno. Una idea que el país desechó hace tiempo y por eso nos hemos sumergido en esta decadencia imparable. En mi opinión, estamos así desde el ochenta y tres.

—O sea, si entiendo bien, para usted desde la vuelta de la democracia no hubo ningún tipo de movilidad social.

—Sí, sí, claro.

Hubo un silencio largo, incómodo. No estaba acostumbrado a esto de las entrevistas sin preparación; y para colmo, antes de salir para El Primavera, había perdido un apunte de apoyo, o quizás se había traspapelado con otros que tenía en mi casa.

Un moscardón entró por la ventana, Bernárdez movió una de sus manos para espantarlo y comenzó a volar alrededor mío. Era grande, peludo, podía imaginar sus pelos puntiagudos, sus ojos gigantes, mientras pasaba cerca y escuchaba sus zumbidos.

—¡Invertí en este país de mierda y ahora merezco respeto! —dijo Bernárdez, de repente.

—¿El Primavera no tiene representantes? ¿O solamente es usted el que se encarga de administrar y decidir qué tipo de obras necesita?

—Qué pregunta estúpida. Como este es un barrio privado, solamente mis socios y yo nos encargamos de administrar el dinero de los impuestos que pagan los contribuyentes. No queremos que ninguno de esos negros o esas putas que se ven por la televisión haciendo política metan sus manos sucias, corruptas, por acá. Por eso mis socios y yo administramos el dinero y decidimos las posibles reformas, reparaciones y contrataciones de servicios. Si quiere, después converse con los vecinos y se va a dar cuenta del respeto que todos me tienen. Acá todos me conocen. Pregúntele a los demás lo que opinan de mí. Se va a sorprender, Salerno. Si quiere y tiene ganas, pruebe de hacer una encuesta. Yo lo autorizo.

Le pregunté dónde estaba el baño. Necesitaba unos minutos a solas, su presencia ya me estaba resultando tóxica.

Caminé por el corredor y vi, al fondo, la puerta del baño cerrada.

La abrí, encendí la luz y me vi reflejado en varios espejos al mismo tiempo. Perdí las verdaderas dimensiones de la habitación. Parecía que estaba en una de esas viejas películas alemanas en blanco y negro del expresionismo. Eso es lo que sentí mientras orinaba y veía mi figura multiplicada.

Estaba a punto de lavarme las manos cuando vi que sobre una de las repisas del botiquín había una calavera con la boca abierta. Me llamó la atención su tamaño, porque era pequeña y no era de ningún animal. A lo sumo podía ser de un mono, pero tenía la inconfundible forma de un humano. ¿Era posible que fuera la calavera de un niño?

Me puse a observar los cuadros: buitres con los picos manchados de sangre despedazaban y se comían restos de la bandera de Estados Unidos. En la otra pared se podía ver ampliado un fragmento de *El Infierno Musical* de El Bosco: un gran laúd aplastaba a un condenado al que solo se le veía la mitad del cuerpo. Sobre las nalgas, tenía escrita una partitura que otro hombre señalaba con el dedo índice, mientras que una diabólica criatura rosada alargaba su fina lengua blanca hacia el trasero musical del condenado. Atrás, había más condenados que miraban la escena con gestos báquicos.

